Antes de proseguir la análisis crítica de la obra del Sr. García, considerándola desde varios otros puntos de vista, debo refutar en este sitio la acusación gratuita que envuelve la parte final del artículo dedicado por el Sr. González Obregón á encomiar la misma obra. Dice así:

«Estoy seguro, y el autor debe estarlo también, que su obra irritará pasiones conservadoras é irreflexivas. Que la turba común de lectores que han estudiado, si es que han estudiado, la historia de la América española en panegíricos como la obra de Solís, ó en poemas de prosa épica, como la de Prescott, pondrán el grito en el cielo, y que saldrán á relucir las enmohecidas armaduras y las embotadas lanzas con que siempre se ha defendido á la Conquista: la heroicidad de unos cuantos castellanos, la evangelización de los indios, la raza, la lengua, el común origen. . . .

No importa, la verdad ha quedado ya consignada, y por ello merece sincero aplauso el autor del «Carácter de la Conquista española en América y en México.»

Por lo que á mí atañe, puedo afirmar al Sr. González Obregón, y quien lea estas observaciones mías podrá sentenciar con pleno conocimiento de causa, que ni pongo el grito en el cielo ni saco á relucir armas enmohecidas para defender la Conquista, pues no tengo pasiones conservadoras é irreflexivas, ni encontraría yo cuerdo desempeñar el papel de un abogado que desglosara de las *Causas célebres* antiquísimo proceso fallado á su tiempo, y se empleara en formular una abrumadora sentencia ó una defensa por todo extremo hábil; pero estériles, inútiles en el actual momento. No; he creído que el libro del Sr. García debía ser rectificado por lo mismo que no es uno de tantos sin valor ni trascendencia, y he ensayado rectificar sus afirmaciones y decir que su manera de escribir historia no se ajusta al concepto filosófico que de ese arte tienen los que son maestros aceptados universalmente.

Rechazada esa imputación, reanudo la tarea. A juicio del Sr. García, el móvil primordial de la Conquista fué el de exterminar indígenas, por cuanto que eran idólatras, y por esa sola circunstancia no sólo quedaban justificados los más negros crímenes que en América se cometieron, sino que se consumaba una empresa meritísima. Se necesita para afirmar eso tan rotundamente, suponer destituídos á los lectores que habrá de tener el libro, de los más elementales conocimientos históricos, ignaros en la acepción más lata del vocablo; porque á la altura en que se encuentra hoy la enseñanza de la historia, no es ya un misterio para nadie, que si

bien entró por mucho en la Conquista la idea religiosa dominante á la sazón en España, no fué sino la codicia la eficaz instigadora de los aventureros que se lanzaron á arrostrar los mayores peligros por hallar en el Nuevo Mundo la fortuna que en su tierra nativa no les fué acequible. Cortés y sus compañeros no fueron reclutados y expensados por su soberano para que viniesen á extirpar la idolatría y exterminar á los indígenas idólatras; la Conquista no fué una causa nacional para los españoles, por más que compatriotas suyos fuesen los que habían abandonado sus hogares, desde que la noticia del descubrimiento de América por Colón, despertó, ó mejor dicho enardeció su genial codicia. Cortés no soñó jamás en reproducir las hazañas de Godofredo de Boullón ni equiparar su empresa á la conquista de Granada. Entre sus numerosos ardides, la predicación del Evangelio fué uno de ellos. El verdadero apostolado no comenzó sino cuando vinieron, tres años después de vencidos los naturales, aquellos varones eminentísimos cuyos nombres pronuncian con veneración aún los jacobinos más empedernidos. Es más todavía: Colón mismo, á quien fanáticos admiradores han pretendido colocar en los altares, no embarcó en sus famosas carabelas, al lanzarse á mares desconocidos, un solo capellán de tropa!

Es preciso no ver en los conquistadores sino agentes, instrumentos de que se valió el destino ó la Providencia para realizar una de las más grandes revoluciones de la historia; como es preciso no ver en la cruenta guerra que fué su obra, sino el inevitable y pavoroso choque entre dos civilizaciones. Podremos dolernos pero no maravillarnos de lo que ocurrió en ese duelo á muerte entre aztecas y españoles. ¿Cuáles fueron sus consecuencias? No es tiempo aún de señalarlas, porque todavía no llegamos á examinar el libro tercero y último de la obra del Sr. García; el que destinó á la exposición su criterio sobre los resultados de la Conquista.

Hemos visto ya que es errónea la creencia que abriga el autor del *Carácter de la Conquista española en América,* de que no se había, antes que él lo hiciera, aprovechado la luz que derraman en sus obras los escritores primitivos, para decir la verdad y sólo la verdad en esa materia, y queda demostrado también que el procedimiento *novísimo*—en el sentir del Sr. García—de escribir la historia presentando los sucesos nada más que en su aspecto repugnante, no se aviene ni á las necesidades de la época actual, ni se informa en los principios filosóficos de esta misma época.

Veamos ahora cómo contrastan las tendencias que sin esfuerzo descubre el menos perspicaz en la obra del Sr. García, con las marcadísimas tendencias de los que, haciendo á un lado añejos odios, procuran estrechar los vínculos formados por las corrientes de las nuevas ideas, respecto á las relaciones de pueblo á pueblo, por grandes que hubiesen sido los males que, aun en no lejanos días, se hubiesen derivado de injustas agresiones y de irritantes despojos.

Viven todavía no pocos de los mexicanos que en 1847 y 48 pelearon denodadamente en defensa de la patria, inícuamente invadida por los ejércitos norteamericanos; la generación presente conoce en toda su amarga verdad la historia del arbitrario despojo de una porción grandísima de nuestro territorio, tan grande, que casi representa una extensión mayor que la que hoy poseemos; pues bien, en la tribuna y en la prensa periódica evítase hoy con tenaz empeño revivir los justísimos enojos provocados por aquella invasión y por aquel despojo. Y no esto sólo, sino que hay quienes finjan conmoverse ante el espectáculo de un Embajador americano que, con la cabeza descubierta en señal de respeto, coloca anualmente una corona de flores de nuestro valle sobre el monumento que la gratitud y la admiración nacionales alzaron en Chapultepec para perpetuar la gloriosa memoria de los niños héroes, alumnos del Colegio Militar, que dieron su sangre unos y su vida otros, en magnífico holocausto á la más santa y noble de las causas...

Alientan, por dicha, centenares de valientes defensores de la Independencia y de la autonomía de México, en la lucha contra la invasión francesa, y para derrocar el trono por ella erigido á un príncipe infortunado que pagó con la vida, en el Cerro de las Campanas, sus sueños de ambición y de grandeza; de un extremo á otro de la República hay millares de testigos presenciales, de víctimas de los atentados de los Dupin y de otros émulos de Cortés y de Pedro de Alvarado, y sin embargo, proclámase en todos los tonos que no fué la Francia sino Napoleón III el que intentó destruir la República que salvó Juárez; que no fueron los franceses, sino los seides del humillado en Sedán, los que sembraron luto y desolación por donde quiera, y hasta las clases menos cultas ven con respeto el monumento erigido en Puebla para guardar las cenizas de franceses y mexicanos muertos en tan opuestos campos.

Y cuando Texas, fuente y origen de nuestros desastres al mediar el siglo XIX, convoca á una Exposición, á Texas van los industriales mexicanos; no se desaira su invitación sino que se contribuye á que el certamen no fracase; nadie dice que al pisar tierra, que en no lejanos días fué tierra mexicana, se sentirá algo así como un cauterio doloroso aplicado á las plantas; como un golpe eléctrico recibido en el cerebro y á cuyo choque resurge un pasado de indignidades y miserias. Y así también, obedeciendo á sugestiones del cosmopolitismo imperante y seducidos por el brillo de cruces y medallas que entre nosotros no se acuerdan, cruces y medallas concedidas en París, constelan en los trajes de gran número de mexicanos.

Recordar esta conducta no es reprobarla. Bien sabemos, cuantos profesamos los principios de la ciencia social, que el pueblo que mantiene vivos sus resentimientos, se aisla y renuncia, por su mal, á los beneficios que de las relaciones internacionales se obtienen; bien sabemos que el individuo que en vez de dejar cicatrizar una herida, la hace sangrar y la renueva con furor insano, jamás se verá libre de ella. Pero por eso mismo no se encuentra satisfactoria explicación que dar al encarnizamiento con que el Sr. García estudia la Conquista consumada hace muy cerca de cuatro siglos, en tanto que los pensadores borran con el agua lustral del olvido y del perdón, injurias recibidas ayer puede decirse, asaltos á nuestros bienes patrimoniales y á nuestra soberanía y á nuestra independencia.

Pues que, ¿por qué intereses y conveniencias de orden económico son la causa principal y determinante así de las disensiones como de la fraternidad de las sociedades, y porque Norte América y Francia ocupan hoy tan prominente lugar, la una por su maravillosa riqueza y la otra por su primacía en punto á cultura intelectual, y porque España ha perdido el rango que en otros siglos ocupará, sobre esta última hemos de acumular acusaciones, odios y rencores? ¿Porque no es ya rica ni fuerte; porque sangran aún sus recién abiertas heridas, porque no tenemos que nos invada, ni esperamos que contribuya á nuestro progreso, debemos inculcar á las nuevas generaciones desprecio y odio á la nación de que partieron los aventureros conquistadores de América?

Al llegar aquí, me detengo siquiera sea por breves instantes, á hacer notar al Sr. González Obregón, que para pedir al Sr. García que no alimente malas pasiones, no hago la menor alusión á esos tópicos que por manoseados detesta: de raza, lengua y religión.

Pasemos adelante.

El carácter de la Conquista española en América, no ofrece al historiador ni al filósofo, ningún signo especial que lo diversifique

del carácter de cuantas conquistas se han efectuado desde la más remota antigüedad hasta nuestros días. Para demostrarlo, no hay necesidad de hacer vanidoso alarde de erudición histórica, poniendo á saco la inmensa colección de autores antiguos y modernos; en el más vulgar de los compendios que sirven de texto en las escuelas para dar un barniz de conocimientos históricos, me sería fácil tomar armas como en bien provisto arsenal, para destruir el pseudo fantasma con que quiere aterrorizarnos el Sr. García.

Lisa y llanamente diré, por lo mismo, que la Conquista española no fué sino una de las infinitas reproducciones que los pueblos hacen de las obras de sus antecesores, y que en el suelo mexicano habían, antes de la invasión de los hombres blancos y barbudos, paseádose conquistadores con su infernal acompañamiento de fanatismos, de crueldades y de despojos. Precisamente los odios y venganzas que engendraron las conquistas del imperio de Anáhuac para extender sus dominios, fueron las que determinaron la alianza con Cortés de los reinos y señoríos indígenas; alianza sin la cual, como en otro lugar queda consignado, desde el esforzado capitán hasta el último de sus soldados, únicamente habrían logrado abonar con sus cadáveres la tierra mexicana.

«La guerra, y muchas veces su consecuencia inmediata, ha dicho el ilustre Orozco y Berra á quien no me canso de citar, es uno de los grandes errores de la humanidad; como hecho aislado, se presenta con su inseparable cortejo de sangre, dolores y crímenes, bien nazca necesaria, ya dimane del empleo injusto de la fuerza del poderoso contra el débil; no cambia su carácter por el móvil que la dirige, el tiempo en que se ejecuta, ni la nación que la emprende y la que lo resiste. Siempre y en todos casos, según la valiente expresión de Graty, ¡qué importa al conquistador el destruir y asolar los pueblos, con tal de quedarse con los despojos de los muertos!»

Empero hay una teoría de la que no puedo prescindir de tratar, porque ó mucho me equivoco ó es en ella en donde radica la tesis del Sr. García, por más que no la proclame franca y desembozadamente.

Si hombres de otra raza que no fuese la española, hubieran conquistado el Anáhuac,—dicen muchos de los que lamentan llevar una gota siquiera de sangre ibérica en sus venas,—otro carácter habría revestido la Conquista, y otros también habrían sido los frutos de ella.

Pues bien, hoy que está de moda preconizar las excelencias y

la superioridad de la raza anglo-sajona, conviene recordar cómo y de qué manera ha llevado sus pendones esta raza cuando, ya no en muy remotos tiempos, sino á nuestra vista, puede decirse, ha sido conquistadora. Así, al que le plazca hacer paralelos, se le facilitará el poner frente al dominio español el ángel anglo-sajón.

Gran suerte es para mí el poder fundar la refutación de la teoría á que acabo de hacer referencia, en las sabias reflexiones de un publicista al cual se deben varias obras históricas; sazonados frutos de una inteligencia superior y de profundos estudios, publicista de quien se diría con justicia lo que de Tácito uno de los polígrafos más renombrados de los tiempos modernos: que «enemigo de toda pompa nos da más ideas que palabras; mérito el más grande y raro de un escritor.»

Refiérome al historiador y diplomático argentino Dr. D. Vicente G. Quesada, conocido y estimado en México por haber representado aquí á la nación que se ufana en contarle entre sus más preclaros ciudadanos.

En un opúsculo impreso en 1893 con el título de «La sociedad hispano-americana bajo la dominación española,» opúsculo formado con la Introducción de una extensa obra inédita del mismo Sr. Quesada sobre la sociedad americana, dice lo siguiente el publicista argentino:

«El objeto de mis estudios es investigar y referir los antecedentes de las instituciones y los de las razas indígenas del grupo de las naciones hispano-americanas, para deducir por ese estudio las condiciones que autorizan, á mi juicio, á tener completa y profunda fe en sus destinos, desenvolviendo con prudencia las cualidades heredadas, y mejorándolas por el medio ambiente en que se encuentran.

«En consecuencia, haré lógicas comparaciones entre los Estados Unidos del Norte y las naciones situadas al Sur. He vivido muchos años en aquel país; he desempeñado allí una prolongada misión diplomática; he tenido oportunidad de estudiar atentamente y de cerca sus instituciones políticas y su sociedad; he admirado su poder y su riqueza; pero esa admiración no me lleva hasta el servilismo de pensar que el éxito, debido á circunstancias naturales é inevitables, sea originado por superioridad de raza ni por antecedentes de las instituciones de la época de la colonia. He de comparar esos antecedentes, he de estudiarlos sin preocupación, y he de decir la verdad sin cobardías ni temores. Tal cual yo comprendo los sucesos he de exponerlos, fundándolos con arreglo á mi

criterio y prescindiendo en absoluto si en ello contrarío ambiciones é intereses próximos ó remotos.

«Es indiscutible que la conquista española no exterminó las poblaciones indias que sufrieron, es verdad, la suerte de los pueblos vencidos; por el contrario, la legislación colonial les fué benévola y tendió á civilizarlos y conservarlos.

«En efecto, la mayoría de la población de México, Centro América, el Ecuador, Venezuela, Colombia, Perú, Paraguay y Bolivia, es de indios más ó menos cultos, aun cuando hay todavía algunos indómitos que resisten al predominio de los blancos y que viven como salvajes y nómadas.

«Por el contrario, *la conquista inglesa los destruyó.* Las tribus que aún sobreviven, moran en terrenos que les han sido reservados; sin embargo, están fatalmente condenados á extinguirse, á medida que los blancos avanzan, obligando á los Pieles Rojas á venderles los territorios que ocupan. Ultimamente, en 1891, el gobierno compró en la parte Este del territorio de Oklahoma á los indios Sax, Sioux, Kiowa y Pottawatomie, una extensión de .... 226,343 acres, y miles de colonos blancos, en el día y hora que señaló el Presidente de los Estados Unidos, invadieron como desbordado torrente aquel territorio.

«No transcurrirá mucho tiempo—decía el diario *Las Novedades*—sin que pase á manos de los blancos la tierra escasa que se han reservado los indígenas. Se les echa de las comarcas, se van muriendo, estrechados por la invasión de la raza conquistadora.»

«Todas las turbulencias de los indios pueden ser explicadas—decía una carta del Padre Craff hablando de los Sioux—considerándolas en todos sus aspectos por sus únicas y verdaderas causas, á saber: *el hambre, la abyecta miseria* y *la desesperación.* El origen de todo, ha sido, durante muchos años, *la ultrajante conducta del Departamento de Indios,* evidenciándose en los últimos *despropósitos* y *crueldades* del actual comisionado Morgan.»

«Cuando adquirieron los norteamericanos por las armas ó por tratados *más de la mitad del territorio de México,* en California y Texas, la población se componía de indios é hispano-americanos, hoy de los indios sólo queda la etnografía geográfica; *ó han huído despojados de las tierras que poseían ó los han matado.*

«Aquella gran tribulación ha sido descrita con ternura y colorido por la escritora norteamericana Mrs. Helen Hunt Jackson; esa conquista arrojó sin piedad de aquel suelo la raza que lo habitaba.

«Los fundadores de la efímera República de Texas la sometieron al protectorado extranjero, traicionando á su patria, y recibieron como castigo merecido, ser arrojados del suelo donde habían nacido.

«La lengua española ha sido substituída por la inglesa.»

«El senador Worhees dijo en la sesión del Senado en Diciembre de 1890 estas palabras: «*El proceder de este gobierno para con los aborígenes es un crimen repugnante á Dios y á los hombres. Dos años hace que vienen padeciendo hambre, según las palabras del General Milles. La necesidad los devora y famélicos y desesperados, antes quieren* morir con las armas en la mano que *de desesperación* y *de miseria.*»

«*The Tribune* publicó una correspondencia en la cual dice: «*Las tribus indias que presenciaron* la colonización de Jamestown, *Manattha, Pylmouth Rock,* han desaparecido de la superficie de la tierra. Los indios que encontró Cortés en Yucatán y en México siguen allí, y su trabajo, con ser tosco é incierto, contribuye á la riqueza del país que llena las necesidades del comercio.»

Hasta aquí el Dr. Quesada, y aunque la elocuencia de los párrafos copiados hace inútil todo comentario, juzgo pertinente hacer notar que acrece la responsabilidad moral de los anglo-sajones la circunstancia de que sus despojos y sus crueldades han sido perpetrados y siguen perpetrándose cuatrocientos años después de los que cometieron los conquistadores españoles. Cabe entonces preguntar: ¿la raza española, por serlo, es culpable y merece ser castigada sin misericordia; y la anglo-sajona es inocente, pura, sin mancha, nada más que por ser distinta de aquella? ¿El incesante progreso de la humanidad no resulta un mito, una de tantas *mentiras convencionales de la civilización* hoy tan decantada? Por último, ¿en presencia de las conquistas modernas, se puede establecer una diferenciación entre éstas y las antiguas?

Ensayemos una respuesta, apuntando algunos, nada más que algunos hechos de los conquistadores modernos, tan ennoblecidos y preconizados por los que execran á los antiguos españoles y todo lo esperan de los modernos anglo-sajones.

Las felonías de que en más de una ocasión se sirvió Cortés, han sido empleadas, reproducidas con creces por los anglo-sajones, así en el Nuevo como en el Viejo Mundo.

Mediaba el siglo XVIII, cuando en el país conocido hoy con el nombre de la Nueva Escocia, del que fueron primitivos colonos los franceses y en donde los ingleses comenzaron á fundar establecimientos después; mediaba, digo, el siglo XVIII, cuando co-

menzaron á surgir celos entre los colonos ingleses y franceses, y tras los celos agrias controversias sobre cuestión de límites. Los indígenas, es decir, los acadianos, simpatizaban con los primeros, á quienes estaban unidos por estrechos vínculos; pero en la controversia reclamaban nada más que el derecho de permanecer neutrales y pedían que los ingleses se los reconocieran. No se les otorgó á los acadianos, á los dueños de la tierra, lo poco que pedían, y como los intereses ingleses aumentaban sin cesar y se enardecían por eso mismo las rivalidades entre los colonos de Francia y los de Inglaterra, y como éstos temían que los acadianos, aun llamándose neutrales, dieran su apoyo á aquellos, para cortar de raíz el mal tomaron una resolución inícua: transladar á los acadianos á otras partes de la América del Norte, distribuyéndolos de tal manera, que *no pudiese haber ningún concierto entre las familias así esparcidas.* Se hicieron con tal fin todos los aprestos militares que preceden al abuso de la fuerza bruta y se sugirió á los ejecutores la *estratagema,* digamos mejor la felonía, cuya relación nos ha sido hecha por numerosos autores norteamericanos.

Héla aquí, siguiendo el texto de uno de ellos:

«El día 2 de Septiembre de 1755, Winslow expidió una orden escrita, dirigida á los habitantes de Grand-Pré, Minas, River Canard, etc., «tanto á los jóvenes como á los viejos y á los muchachos,» intimando á todos los varones para que lo esperasen en la iglesia, en Grand-Pré, el día 5 siguiente, para *oír una comunicación que el gobernador había enviado.* Como se habían entablado negociaciones respecto del juramento de fidelidad y se había discutido mucho acerca de la retirada de los acadianos, del país, *aunque nada se había hablado de su translación y dispersión,* entendióse que se trataba de una reunión importante, y el día señalado cuatrocientos dieciocho hombres y niños se reunieron en la iglesia. Winslow, acompañado de sus oficiales y hombres, hizo que se colocase una guardia en torno de la iglesia, y entonces anunció al pueblo que su Majestad había resuelto que fuesen los acadianos transladados con sus familias fuera del país.

«La iglesia se convirtió en cárcel y todos los *prisioneros* fueron puestos bajo una estricta vigilancia. Al mismo tiempo, iguales hechos se realizaron en Pisiquid bajo las órdenes del capitán Murray, y con menos éxito en Chigneto. Entretanto, hubo murmullos de levantamiento entre los prisioneros, y como los trasportes que se habían pedido á Boston no habían llegado todavía, se determinó hacer uso de los buques que habían conducido á las tropas, y

transladar á ellos á los hombres, bajo buena custodia. Esto se hizo el 10 de Septiembre, y los hombres permanecieron en los buques, en el puerto, hasta la llegada de los transportes, y haciéndose uso de éstos, CERCA DE TRES MIL PERSONAS fueron desterradas del país y enviadas á la Colonia del Norte, Virginia, Maryland, Pensilvania, Nueva York, Conneticut y Massachusetts. En la *confusión y precipitación de la partida,* precipitación que se aumentaba por el ansia de los oficiales de libertarse de esta desagradable tarea, y confusión que era mayor por la diversidad de idiomas, *muchas familias se separaron, y algunas nunca volvieron á reunirse.*»

Hasta aquí el benigno historiador anglo-sajón. El lector,—sea cual fuere su raza,—dirá, si es honrado y si atesora nobles sentimientos, si puede creerse que no fué meditada ni intencional esa separación de familias de las que *algunas, no todas,* nunca llegaron á reunirse. Por lo que á mí respecta, hago mío el siguiente magnífico y honrado juicio del insigne Altamirano, que lo consignó en el prólogo de la hermosa versión castellana del poema *Evangelina,* de Longfellow, versión que nuestra literatura debe al Sr. Lic. D. Joaquín D. Casasús desde hace diez y seis años, como le debe desde hace dos la de las *Odas de Horacio,* que ha aumentado su justo renombre. «De tan dolorosa historia, dice pues Altamirano, y de los recuerdos de ese atentado espantoso que aun hoy causa indignación, como la causan todas las infamias que comete la fuerza bruta, el gran poeta americano sacó los elementos para escribir su poema inmortal con el que ha conmovido al mundo.»

Mas no sólo hago mías las generosas palabras del egregio hijo de Tixtla, sino que llamo la atención del Sr. García sobre que las matanzas de Cholula y del Templo Mayor, sangrientas como fueron, parecen hasta cierto punto atenuadas, porque la felonía y el crimen, fueron perpetrados en pleno estado de guerra, mientras que á los apacibles acadianos se les disgregó en días de paz, y lo que es peor aun: la muerte sembrada por los conquistadores del siglo XVI es á mi parecer menos dolorosa que esa inhumana disgregación de familias. Porque con la muerte acaba todo tormento y con la separación de los seres que se aman se condena á éstos al mayor y más duradero de los suplicios. La muerte no arredra sino en cuanto que significa la eterna separación de los que formaban parte de nuestro ser; no es el apego á la tierra de su cuna y á los objetos que en ella poseía el que hace amar la existencia y tortura al moribundo en la postrera hora, y por lo mismo, no habrá habido uno entre cada millar de los acadianos diseminados aquí y